

anuario  
1995

INSTITUTO  
DE ESTUDIOS  
ZAMORANOS  
FLORIAN  
DE OCA MPO





# **ANUARIO 1995**

INSTITUTO DE ESTUDIOS ZAMORANOS  
"FLORIÁN DE OCAMPO" (C.S.I.C.)





**anuario**  
**1995**  
**INSTITUTO**  
**DE ESTUDIOS**  
**ZAMORANOS**  
**FLORIAN**  
**DE OCA MPO**



## CONSEJO DE REDACCIÓN

Miguel de Unamuno, Juan Carlos Alba López, Enrique Fernández-Prieto, Pedro García Alvarez,  
Antonio Pedrero Yéboles, Carmen Seisedos, Eusebio González García,  
Francisco Rodríguez Pascual, José Luis González Vallvé, Luciano García Lorenzo,  
Juan Ignacio Gutiérrez Nieto, Hortensia Larrén Izquierdo.

*Secretario Redacción:* Juan Carlos Alba López.

*Diseño Portada:* Ángel Luis Esteban Ramírez.

© INSTITUTO DE ESTUDIOS ZAMORANOS  
“FLORIÁN DE OCAMPO”  
Consejo Superior de Investigaciones Científicas (C.S.I.C.)  
DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE ZAMORA.

ISSN.: 0213-82-12

Depósito Legal: ZA - 297 - 1988

Imprime: HERALDO DE ZAMORA. Santa Clara, 25 - 49014 ZAMORA  
artes gráficas

# ÍNDICE



## ARTÍCULOS

ARQUEOLOGÍA .....	15
Intervenciones arqueológicas en la provincia de Zamora. 1995 .....	17
Ana I. Viñé Escartín, Mónica Salvador Velasco, Luis Iglesias del Castillo y Ana M. Martín Arija: <i>«Los Molinos», un nuevo yacimiento de la Edad del Bronce. Vezdemarbán (Zamora)</i> .....	19
Ana M. Martín Arija, Mónica Salvador Velasco, Luis Iglesias del Castillo y Ana I. Viñé Escartín: <i>Excavación arqueológica en «Las Barranqueras» de Toro</i> .....	37
Luis Iglesias del Castillo, Ana M. Martín Arija, Mónica Salvador Velasco y Ana I. Viñé Escartín: <i>Marcas de cantería y grafitos de la iglesia de San Miguel Arcángel, en Moreruela de Tábara</i> .....	53
Ana I. Viñé Escartín, Mónica Salvador Velasco, Ana M. Martín Arija y Luis Iglesias del Castillo: <i>Documentación de los restos arquitectónicos del antiguo convento de San Francisco de Alcañices (Zamora)</i> . .....	71
Ana M. Martín Arija, Ana I. Viñé Escartín, Mónica Salvador Velasco y Luis Iglesias del Castillo: <i>Excavación arqueológica en el solar de la Cl. Ramón Álvarez, nº 2 (Zamora)</i> .....	87
Miguel A. Martín Carbajo, Gregorio J. Marcos Contreras, Jesús C. Misiego Tejada, Francisco J. Sanz García y Francisco J. Pérez Rodríguez: <i>Excavación, documentación y seguimiento arqueológico en el solar de la Calle La Reina, números 6 y 8 (Zamora)</i> .....	105
Luis Iglesias del Castillo, Mónica Salvador Velasco, Ana I. Viñé Escartín, Ana M. Martín Arija, Miguel A. Martín Carbajo, Jesús C. Misiego Tejada, Francisco J. Sanz García, Gregorio J. Marcos Contreras y Francisco J. Pérez Rodríguez: <i>Prospección arqueológica de la zona anegada por el embalse de Ricobayo, sobre el río Esla (provincia de Zamora)</i> .....	119
ESTUDIOS ECONÓMICOS .....	145
M <sup>a</sup> Angeles Martín Ferrero: <i>El Comercio minorista en la tierra de Toro (1950-1991)</i> .....	147

ESTUDIOS FISCALES .....	173
Miguel Borrego Clavero: <i>El impuesto sobre bienes inmuebles con especial referencia a la provincia de Zamora</i> .....	175
FONDOS DOCUMENTALES .....	227
Pedro García Álvarez: <i>Documentos familiares (1494-1820) de D. Fermín de Melgar Barrio, regidor de Zamora</i> .....	229
José Luis Martín, Amanda Cabo, Dolores Moreno de Vega, Pía Senent y Juan Andrés Blanco: <i>Documentos sobre la reforma agraria referidos a la provincia de Zamora en los archivos del Iryda</i> .....	289
Antonio Matilla Tascón: <i>Documentación referente a Zamora y su provincia en el Archivo Histórico Nacional, Sección de Consejos: Sala de Gobierno</i> .....	307
HISTORIA .....	383
Juan Andrés Blanco Rodríguez y Coralia Alonso Valdés: <i>Zamoranos en Cuba desde finales del siglo XIX</i> .....	385
Enrique Fernández-Prieto: <i>Don Pablo Morillo y Morillo</i> .....	421
Manuel de la Granja Alonso: <i>Repoblación de Zamora en la Edad Media</i> .....	435
Francisco J. Lorenzo Pinar: <i>La autobiografía de Sor María Antonia de Jesús (1726-1799)</i> .....	467
M <sup>a</sup> Carmen Pérez Castaño: <i>La reforma de la beneficencia en Zamora (1540-1545)</i> .....	497
Cándido Ruiz González: <i>Toro en la etapa republicana: estructura social y económica (1931-1936)</i> .....	545
Jesús Vecilla Domínguez: <i>El convento de San Francisco de Zamora..</i>	579
LINGÜÍSTICA, CRÍTICA-CREACIÓN LITERARIA Y FILOLOGÍA .....	605
Esteban Conde Choya: <i>Zamora entre la ausencia y el reencuentro</i> .....	607
Juan Carlos González Ferrero: <i>Fichero bibliográfico para una enciclopedia dialectal de Zamora</i> .....	645
Francisco J. Peñas-Bermejo: <i>La creación como anclaje existencial en</i>	

<i>la poesía de Jesús Hilario Tundidor</i> .....	755
Milagros Pierna Belloso: <i>Cosas nuestras de cada día</i> .....	763
<b>SOCIOLOGÍA</b> .....	787
Aurora Sánchez Muñoz: <i>La provincia de Zamora en el proceso español de alfabetización. (1900-1930)</i> .....	789





# ARTÍCULOS







## COSAS NUESTRAS DE CADA DÍA

MILAGROS PIERNA

### SÁBANAS DE SEDA GRIS

Mire usted, señorita, las cosas no son tan raras como piensa la gente. La gente habla y habla y se inventa historias y no sabe nada de nada. Si usted quiere, yo se lo explicaré, pero tiene que dejarme hacerlo a mi manera. La verdad es que me hubiera gustado hablar antes del tema. Quizá eso haya sido lo que más me ha costado, callar. Al principio era muy estimulante tener que guardar el secreto, pero después, cuando las cosas se complicaron, hubiera estado bien tener a quien contárselo. Si, ya sé, ahora es un poco tarde. ¿Quiere que se lo cuente o no?

Le conocí hará ahora un año. Al principio no me impresionó ni pizca. Es sorprendente: el amor se acerca sin hacer ruido, sin escándalo. Yo pensaba que se lo reconocería enseguida. Que saltaría como una chispa mágica: nada de eso. Al principio, como le digo, ni me enteré.

Era un hombre como todos. Yo tenía que acompañarle a un grupo de apartamentos, para que revisara las instalaciones del gas. Ya sabe usted que trabajo como mujer de la limpieza para un inmobiliaria. No es un mal trabajo. Me pagan un sueldo fijo, más propinas y extras. Es más cómodo que trabajar en una casa particular y, sobre todo, mis patronos no son mis señores. Yo me entiendo. La cuestión es que, aquel día me encargaron que diese una pasadita a los apartamentos *Haway*, que estaban sin ocupar hacía tiempo, y que acompañase al del gas, que los tenía que revisar.

El hombre del gas parecía un hombre como otro cualquiera. Le encontré agradable, simpático, pero no me pareció nada del otro mundo. Al acabar el trabajo, tomamos unas cervezas en el bar de al lado y nos despedimos. Nada especial, ya se lo he dicho.

Cuando pienso que el amor podría haber pasado junto a mí sin que me diese cuenta, siento como un frío en la espalda... No, señorita, de ninguna manera. ¿Cómo puede pensar que habría sido mejor para mí? No me arrepiento ni de un solo instante de nuestro amor.

Sí, ya sé, para usted es muy fácil decir que hablo como las telenovelas, pero a mí me cuesta mucho encontrar las palabras justas; yo no he estudiado, aunque siempre me ha gustado leer. También me gusta ir al cine y ver películas en la tele y el vídeo.

Fue precisamente en el vídeo-club donde lo encontré la segunda vez. Él iba vestido de persona, quiero decir sin el traje de faena, y con el pelo mojado, como acabado de duchar. Esta vez sí que sentí algo especial. Hablamos de cine, me recomendó una película que él ya había visto y, cuando nos dijimos adiós, me sonrió. ¡Qué sonrisa! Soñé con ella durante noches y días.

En casa, mi marido ni se enteró. Claro que todavía no pasaba nada. Yo hacía mi vida de siempre: el trabajo, los hijos, la casa... la única diferencia estaba en que ahora, además, soñaba. Cuando veía películas en la tele, me veía a mí misma en el lugar de los artistas y me sentía conmovida por cualquier cosa.

Quizá, si no nos hubiésemos encontrado más, yo habría acabado por olvidarme de él. O no, Conozco mucha gente que se pasa una vida entera añorando, en secreto, una historia pequeña y lejana como podía haber sido la mía.

La cosa es que nos volvimos a encontrar. Yo limpiaba unos apartamentos, que estaban alquilados para el día siguiente, cuando le vi en el pasillo. Salí, le saludé y allí comenzó todo. En el frigorífico del apartamento había unas cervezas que se habían dejado los últimos inquilinos. Le invité a tomar una, aceptó y, como en el cine, como en *El último tango en París*, todo fue muy deprisa.

No sé cómo fui capaz. Era la primera vez que estaba con un hombre que no fuese mi marido. Trece años de fidelidad se rompieron en un instante.

No, sorprendentemente, no tuve ningún remordimiento. Me sentía feliz, nueva, satisfecha. No sea mal pensada, señorita. Desde el punto de vista del sexo, aquello fue un desastre: entre los nervios, el miedo de que alguien llegase, la novedad y la falta de costumbre, yo me quedé *in albis*. Si sólo me hubiera importado el hecho físico de hacer el amor, habría sido un fracaso. Me sale mucho mejor con mi marido, si es por eso.

Volví a casa como si flotase en el aire. Ya le he dicho que me sentía nueva, distinta. La vuelta a la normalidad (hacer la cena, discutir con mis hijos, ver la televisión), me hizo dudar si todo había sido un sueño. Estuve más amable que de costumbre con mi marido y le hice una cena a su gusto. Por la noche, en la cama, mientras le sentía dormir, recordaba los detalles de la tarde y me parecía que todo era lejano, un disparate, que le había sucedido a otra mujer. Estaba segura de que no volvería a pesar.

Me equivoqué. Pasó una semana, una semana gozosa y horrible al mismo tiempo. Cada día que pasaba, el recuerdo de su calor se hacía más vivo y la piel casi me quemaba. No podía pensar en otra cosa, me parecía que todo el que me mirase podría darse cuenta. La obsesión era mayor de día en día. Quería volverle a ver y no quería verle nunca más. Pensé mil pretextos para telefonarle y ni siquiera me atreví a tocar el teléfono. Quería tropezármelo y evitaba pasar por los sitios donde podíamos coincidir.

Un día, justo a la semana del episodio anterior, me lo encontré a la puerta de los apartamentos *Tahití*. Estaba acodado sobre la valla, me sonreía y me recordó extraordinariamente a James Dean. Me estaba esperando. Cuando bajé del coche, me besó en los labios muy suavemente, como de pasada. «Me ha costado mucho localizarte», me dijo. «¿Es que cada día trabajas en un sitio distinto?» Aquel día empezó todo de verdad. Desde aquel mismo instante, me sentí perdida sin remedio.

¿Todavía no se lo he dicho? Tengo treinta y dos años; el año pasado, sólo tenía treinta y uno. Él es un poco más joven, veintisiete. También estaba casado, con una chica de veintidós ó veintitrés, y tenían una niña pequeña. No. No me importó nada. Me había enamorado.

No, mire, señorita, a mi marido no me lo toque. Claro que lo quería. Y le quiero. Mi marido es una buena persona, buen hombre y buen padre. Llevamos casados casi catorce años y nunca hemos tenido ningún problema serio. Fuera de éste, claro.

Usted no me quiere entender. Quería a mi marido, pero me había enamorado del otro. ¿Cómo podía tener nada que ver lo que sentía por uno y por otro? A mi marido lo quiero y lo respeto. Pero al otro... El otro era como un río poderoso, caudaloso, que me arrastraba toda. No, señorita, no es mío, yo no sé inventar cosas tan bonitas. Lo oí en la tele, en un teatro que se llamaba *Bodas de Sangre*. Va de una novia que se escapa con otro el mismo día de la boda. La novia se lo decía a la suegra, lo del río, cuando ella le pedía explicaciones. Qué cosas.

Yo no he sido nunca tan feliz. Cumplía escrupulosamente con todas mis obligaciones de esposa y madre, cumplía con el trabajo, lo hacía todo como siempre. Pero menuda diferencia. Guardaba dentro, como un tesoro, el secreto de mi amor. La alegría de cada cita me duraba hasta la siguiente, incluso iba creciendo.

No sé qué era mejor, si la cita o la espera. Yo preparaba todo como si fuese una liturgia: tenía en el frigorífico alguna cosa buena y exquisita, como uvas, fresas, paté... Compraba siempre lo mejor que hubiera, sin mirar el precio.

Precisamente en aquellos primeros días pusieron en la tele una película que me impresionó mucho, *La rosa tatuada*. Ana Magnani, que estaba enamoradísima de su marido, iba a comprar a la tienda. La tendera, o a lo mejor era una vecina, no me acuerdo bien, le comentaba que los huevos de segunda clase estaban muy bien de precio, y la Magnani le contesta: «Si tienes un marido de segunda, cómprale huevos de segunda. Yo tengo un marido de primera y le compro huevos de primera». Cuando yo iba a comprar las uvas o el paté, compraba siempre lo mejor: mi amante era de primera.

¿Que de dónde salía el dinero? Era mío. Yo trabajaba y no tenía que darle cuentas a nadie. Es verdad que en casa no nos sobra, pero tampoco nos falta. Mi marido nunca me ha pedido cuentas de los gastos y yo no malgasto el dinero. Si ahora tenía un capricho, no veo por qué no había de costeármelo.

¿Le he dicho que era todo como una ceremonia? Preparaba la comida, la bebida, la música. Y la cama.

No quería usar las sábanas que había en el piso, así que me llevaba unas de casa. Pero aquellas sábanas, que no nos iban mal a nosotros, no me parecían suficiente para mi amante. Eran unas buenas sábanas, casi nuevas, que tenía todavía de cuando me casé. Eran de *La viuda de Tolrá*, con puntillas y bordados, pero yo las encontraba ¿cómo explicárselo? demasiado inocentes para nuestras citas clandestinas. Vi en un catálogo de venta por correo unas sábanas de raso que me parecieron un lujo, un refinamiento adecuado para mi amor. Las había de color negro, rojo y lila. Encargué un juego de color rojo, porque el negro me parecía excesivo y el lila demasiado cursi. Cuando me llegaron, hice la cama con ellas para la próxima cita, sin decirle nada.

¡Qué decepción! Cuando él llegó, se empezó a reír. «¡Qué divertido!», decía, «¡Parece un *meublé!*», añadió. Yo también me reía, pero me sentía triste. Después de hacer el amor me explicó que las sábanas eran demasiado chillonas y resbaladizas. «Son de raso sintético, poliamida pura. Por eso dan tanto calor. Mejor, las guardamos para algún día que queramos jugar». Me explicó que le gustaban los tejidos naturales, como el algodón y el lino; que no se ponía nunca fibras sintéticas, porque le salían granitos, y que las sábanas le gustaban viejas y de algodón. «Cuanto más viejas y más lavadas, más suaves», me dijo.

Tomé buena nota. Me acordé, otra vez, de *La rosa tatuada* Ana Magnani es costurera y una mujer desconocida le trae una pieza de seda roja para que haga con ella una camisa de hombre. La mujer resulta ser la amante del marido de la Magnani y la camisa es para él. La Magnani, claro, no lo sabe. La amante sí que lo sabe, precisamente por eso se la ha llevado a ella. No se pierda, señorita, ya llego. Como yo había fracasado con las sábanas, quería andar bien con otra cosa. No podía regalarle una camisa de seda, le habría comprometido con su mujer, pero sí que podía comprar sábanas de seda natural.

De momento, hice la cama con unas viejas, de algodón. Continuamos queriéndonos sin que nadie se enterase. Éramos felices. Los dueños del piso venían poco y me avisaban siempre, de modo que no hubo ningún problema. Su mujer no supo nunca nada y mi marido tampoco sospechaba, al principio. Me encontraba más alegre y se alegraba de ello, eso era todo.

Entonces quise comprar las sábanas, pero no fue fácil: eran demasiado caras y no las tenían en todas las tiendas. Por fin las encontré en una boutique de lujo. Le pedí a mi jefe que me adelantase algún dinero, inventándome que necesitaba una lavadora nueva. Como siempre he trabajado bien, no tuvo inconveniente y quedamos en que me descontaría un poco cada mes.

Fui corriendo a comprar las sábanas. Esta vez no las cogí rojas. Ahora ya sabía que a él le gustaban los colores suaves, discretos. Compré un juego de sábanas de seda gris.

Eran de seda casi plateada, de color tórtola, finísimas. No tenían bordados ni dibujos, sólo un cenefa del mismo color. Dobladas, no abultaban nada. Las lavé a mano con *Nórit* antes de ponerlas y quedaron perfectas. Aquel día mi amor me quiso



como no me había querido nunca. El amor, rodeados de seda color tórtola, era una cosa mágica, extraordinaria. El resto del tiempo, con el trabajo, la familia, la vulgaridad cotidiana, pasaba sin sentir: sólo era un intervalo entre un encuentro y otro.

Nuestras citas seguían como una ceremonia. Yo llegaba la primera y lo preparaba todo: la cama, la bebida, la música. Le gustaba la música clásica; yo de eso no entendía nada al principio, pero después aprendí a poner los discos que más le gustaban y lo hacía antes de que llegara.

Cuando se iba, yo recogía el piso, lavaba y tendía las sábanas, enjuagaba copas y vasos, me duchaba y me iba yo también: a contar los días hasta la vez siguiente.

No. No noté nada raro. Él estaba contento con la situación y yo también. No pensamos nunca en cambiar las cosas.

Yo no quería que tuviese llaves del piso. Pensaba que, si me encontraban allí, podía arreglármelas, incluso si lo encontraban conmigo. Pero si alguien le veía allí, a él sólo, sería muy difícil de explicar. Por eso no le di nunca las llaves.

Lavaba las sábanas cada vez. Lo hacía a mano, con un poco de *Nórit*. Todo me parecía poco para él. ¿Conoce usted aquel chiste, el del hombre que le pregunta a un amigo: «Oye, ¿tu mujer grita cuando hacéis el amor?» y el amigo contesta: «Sí, cuando me limpio con el edredón»? Bueno, yo no soy muy gritona y, además, le dejaba limpiarse donde quisiera. En las suaves sábanas de seda gris, si le daba la gana. Después, un agüita, una planchada de nada y ya estaba.

Me parece que se está usted escandalizando un poco. ¿No está casada? Si lo estuviera, me entendería mejor. Mire, no digo que no pueda haber parejas casadas que, además, estén enamoradas. Hay de todo por el mundo, pero a mí me parece que no pueden ser muchas.

A mi marido lo conocí cuando era una chiquita de dieciséis años. Era un chico serio y atractivo, tenía un buen trabajo, la mili terminada y yo le gustaba. Me trataba muy bien, me decía cosas bonitas, me llevaba en su coche a bailar y a tomar copas. A mí también me gustó él.

Hasta que me llegó el amor de verdad y pude comparar, yo creía que estaba enamorada de mi marido. Al principio era una sensación parecida. Luego empezamos a ahorrar para el piso, a hacer planes para el futuro, y aquella sensación primera, aquella magia, se fue difuminando. Yo me decía a mí misma que era normal y lógico. Lo mismo me dijeron mi madre y mis amigas: la magia se pasaba enseguida. Me quedé embarazada del primer hijo y nos casamos, un poco antes de lo que teníamos pensado.

Mi marido me siguió queriendo mucho y yo a él. Nos entendíamos bien. Durante todo el embarazo, y después, me cuidó mejor que mi propia madre: con él me sentía protegida, querida, feliz... Pero el amor, ahora lo sé, es otra cosa. Pasaron los años y nunca hemos tenido, mi marido y yo, ningún problema. Lo que me hicieron prometer cuando nos casaron, lo he cumplido siempre: le he querido, respetado, cuidado. No le he hecho nunca ningún daño a sabiendas. Pero el amor, ahora lo sé, es otra cosa.

¿Que eso ya lo he dicho antes? Mire, qué quiere que le haga, tengo menos palabras que sentimientos.

No. Ningún remordimiento. Tenía a veces una sensación parecida a la que sentía con mi madre, cuando me acostaba con mi marido antes de casarnos. Era consciente de que si ella se enteraba se disgustaría y me causaría problemas: por eso disimulaba y mentía, no porque creyese que lo que hacía estaba mal. Cuando me tuve que casar, lloró un poco, pero no pasó nada más.

Ahora... ahora no lo sé. Espero que mi marido acepte la realidad como la aceptó mi madre entonces, hace catorce años.

Naturalmente, señorita, claro que hacíamos el amor. No veo por qué razón no habíamos de hacerlo. Tampoco dejé de cocinar para él, ni de plancharle las camisas, ni de ocuparme de mis hijos, ni de contemplarlo cuando estaba malo. Ya le he dicho, cuatro o cinco veces, que quiero mucho a mi marido. Nuestra vida sexual, incluso, fue a mejor, porque, como yo me arreglaba más y andaba más contenta, aumentó su interés por mí, que había decaído un poco últimamente.

No, eso sí que no. Ya el primer día, en los apartamentos *Caribe*, él se sacó un condón del bolsillo. ¿A mí? Me pareció muy bien. No se trata de desconfianza, mujer. Mire, aunque yo llevo puesto un *dú*, a veces fallan: yo prefería estar segura de que, si me quedaba embarazada, sería de mi marido y no del otro. Pero, además, el amor no está reñido con la tranquilidad. A lo mejor yo podría estar segura de él y él de mí, pero, ¿cómo estar segura también de su mujer y mi marido? Sobre todo, pienso que yo hubiera podido, por amor, arriesgarme a coger el SIDA o lo que fuera, pero estaría muy feo hacerle correr el riesgo también a mi marido. Pobre, encima de una cosa, la otra...

No, no, señorita. Los «gorritos», como nosotros los llamábamos, si se los usa con gracia son unos chismes divertidos, además de prácticos. Yo siempre llevo un par de ellos en el bolso. ¿usted no? Pues haría bien en llevarlos, nunca se sabe.

En fin, vamos al grano o no acabaremos nunca. Todo fue muy bien, perfecto, durante un tiempo. Después, no es que las cosas se estropearan del todo, pero empezaron a no ir tan bien.

Primero pasó lo del híper. Cuando se vive, como nosotros, en un sitio pequeño, es muy fácil encontrarse por casualidad. Cuando mi amor y yo nos tropezábamos en un sitio público, nos saludábamos con normalidad, sin efusiones. A mí me gustaba la frialdad aparente de estos encuentros, igual que me gustaba mantener en secreto absoluto nuestra relación. El encuentro del híper, sin embargo, no me gustó ni pizca.

Ya le he contado que para mi amante no escatimaba nada. En casa, claro, es otro asunto. Mi marido tiene un buen empleo y yo también me defiendo, pero los tiempos están muy malos y no se sabe nunca. Tenemos dos hijos y es una barbaridad el dinero que cuestan: el colegio, la ropa, el inglés, el judo... El año pasado hizo la comunión el pequeño y se nos fueron en ella todos los ahorros. Bueno, la cuestión es que, en casa, procuro mirar el dinero y no malgastarlo.

Aquella tarde habíamos ido al híper, mi marido y yo. Había oído en la radio que tenían de oferta la carne de ternera y fuimos a comprar una buena cantidad, para llenar el congelador.

Cuando se está en el híper, ya sabe usted lo que pasa: uno ve tanto de todo, que, al final, llena el carro de cosas que no pensaba comprar. Aquella vez, naturalmente, nos pasó. Llevábamos el carro lleno: detergente de lavadora, papel higiénico, galletas, cervezas, qué sé yo. Mi marido estaba contento y quiso comprarse algunos caprichos. Yo gruñí un poco, pero le dejé hacer. Se compró unos calzoncillos de fantasía, con dibujitos de colorines, y una botella de whisky para el partido de fútbol. Cuando estábamos en la sección de vinos y licores, les vi. Él empujaba el carrito, donde iba sentada la niña. Su mujer lo estaba llenando de tetrabrics de *Don Simón*.

Me puse de todos los colores, creo. Menos mal que mi marido estaba escogiendo la marca de whisky y no se enteró. Él, al principio, no me vio. Le decía cositas a la niña, mientras su mujer ponía en el carro cartones y más cartones de *don Simón*. Estaba de oferta, claro.

¡Qué coraje me entró! Yo, como sé que le gusta el vino blanco seco, bien frío, tenía siempre en el frigorífico del piso una botella de *Viñasol* o de *Bach*, que son los que más que le gustan. No bebíamos demasiado, todo lo más un par de copas, pero lo hacíamos en unas especiales, de cristal de Bohemia, que yo había comprado, sólo dos, para estas ocasiones. Ver todo aquel cargamento de vino barato me puso enferma. Pensé que su mujer se lo haría beber en vasos de duralex, de los de la nocilla, y me entraron ganas de arañarla.

Su mujer es joven, tiene veintipocos años, y, como es delgada y más bien bajita, parece una cría. El día del híper llevaba el pelo corto, como un chico, y se había puesto una camiseta y unos vaqueros viejos. Estaba muy mona, la verdad sea dicha. Él parecía recién duchado, como aquella vez que lo encontré en el vídeo-club. Llevaba ropa cómoda, de algodón, y estaba como para comérselo.

Mi marido dudaba entre comprar una botella de *J. B.* o de *Jhonny Walker*. Miraba precios, comparaba contenidos y hacía cuentas. En aquel momento se acercaron y él me vio. Me dedicó una sonrisa encantadora y dijo «¿Qué tal?», o algo por el estilo.

No sé lo que me pasó, pero, sin responder apenas al saludo, me volví a mi marido y le puse en las manos una botella de *Chivas Regal*. «Ten, cariño», le dije, «un día es un día y hoy juega el Barça». Mi marido protestó un poco, por cumplir, pero no soltó al botella. El otro, aún sonriente, siguió adelante, diciéndome: «Adiós, pasado bien con el partido» y se marchó con su mujer, su niña y su carrito lleno de *Don Simón*.

Me quedé muerta. Cuando mi marido me preguntó quién era, le dije la verdad, como sin darle importancia: «el instalador del gas de los apartamentos» y no me preguntó más.

Aquella noche, en efecto, jugaba el Barça, un partido no demasiado importante. A mí el fútbol no me gusta mucho, pero en casa les vuelve locos a los tres.

Normalmente, cuando hay partido, los dejo viendo la tele, bien provistos de cocacolas, los chicos, y de cervezas, el padre, y de una pila de patatas fritas y cosas para picar; yo me voy a la cama, a ver la tele pequeña o a leer. Aquella noche, sin embargo, me quedé con ellos en la sala. Preparé bocadillos calientes para todos y vimos juntos el partido.

Mi marido, como es natural, no me hacía ni caso, pero yo sé que le gustaba que estuviese allí, con él. Nos tomamos dos whiskies, o tres, y, cada vez que llenaba el vaso, me sonreía, feliz. Yo me sentía fatal. Pensaba en el otro y me daba vergüenza. Nunca nos había preocupado la cuestión de los celos. Mi marido y su mujer no eran rivales nuestros: era algo cotidiano, como el trabajo o los padres; estaban situados al margen del amor.

¿Cómo podía yo haber caído tan bajo, sentir celos de su mujer y querer que él los sintiese de mi marido?

Aquella noche perdió el Barça, pero mi marido no se disgustó demasiado. Estuvo muy cariñoso conmigo e hicimos el amor. Después se durmió enseguida. Yo estuve despierta un rato muy largo, con ganas de llorar. Cuando por fin me dormí, tuve pesadillas hasta que amaneció.

¿Se cansa de escucharme, señorita? Ya termino.

Me llamó al día siguiente. No, no a casa; a la inmobiliaria. Yo también, si tenía algo que decirle, le telefoneaba al trabajo. Quizá alguien sospechase lo que había, pero nunca lo supe con seguridad. Me dijo que quería verme. Nos citamos en el piso, por la tarde. No, no teníamos problemas de tiempo para vernos. Él iba a un gimnasio tres días por semana y yo hago horas extras con frecuencia. Cuando queríamos vernos, tres o cuatro veces al mes, él faltaba al gimnasio y yo decía que tenía trabajo.

Aquella tarde no tocaba encuentro, pero fui al piso como si nos tocase. Yo llegaba siempre como una hora antes. Recogía las sábanas, que había dejado tendidas en el baño la última vez, las planchaba y hacía la cama. Ponía el vino a enfriar y escogía los discos. No, señorita, nada más. No necesitábamos pastillas afrodisíacas, ni *éxtasis* ni nada de nada. No consumíamos ningún tipo de droga, se lo juro.

Yo no estaba demasiado tranquila. Cuando me llamó, le había notado un poco raro. Me serví una copa de vino y me senté a esperarlo.

Mire, fue como en las películas. Oí llamar a la puerta, abrí y, él, sin decir nada, me abrazó muy fuerte. Ni siquiera me soltaba para que pudiese cerrar la puerta. Yo estaba conmovida por el abrazo y, a la vez, preocupada por si nos veían desde el rellano.

No me decía nada. Me abrazaba y me besaba con fuerza, casi con violencia. Me besaba en el cuello, en los labios, detrás de las orejas, en los pechos. Yo temblaba, medio de alegría, medio de miedo, y quería preguntarle «¿Qué pasa?», pero él no me dejaba hablar, besándome y mordiéndome.

Conseguí cerrar la puerta con el pie, casi al mismo tiempo que él me empezaba a quitar la ropa, sin ningún miramiento, a tirones. Yo no estaba acostumbrada a eso.

Cuando hacíamos el amor, hasta aquel día, lo hacíamos con mucha suavidad, tomándonos todo el tiempo del mundo.

Pero aquella tarde parecía que se había vuelto loco. Me empujó hasta la cama y me tiró sobre ella. Me hizo el amor como si fuera la última cosa que hacía en la vida. Yo, vergüenza me da decirlo, estaba asustada y a la vez encantada. Eso sí que era pasión. Es verdad que no sentí gran cosa y que, al final, acabé dolorida y magullada, con algún morado y alguna marca de dientes. El placer que tuve fue todo de la cabeza y del corazón, pero el cuerpo quedó bastante malparado.

Él, cuando acabó, me soltó y se quedó sin decir nada, sobre la cama, un poco separado de mí. Todavía no había dicho ni una sola palabra. Le pregunté si quería beber algo y me dijo que sí, con la cabeza. Le serví una copa de vino blanco, tiré las escurridajas que quedaban en la mía y me servía otra para mí. Bebimos en silencio.

Yo empezaba a estar un poco a disgusto con tanto silencio. «¿Y bien?», le digo. «No sé que decirte», me contesta él. «¿Qué ha pasado?», le pregunto yo. «No lo sé», me dice él. Y más silencio. Ya me gustaría a mí que la vida fuese como en el cine. Cuando Clark Gable arrambla con Escarlata escaleras arriba, medio borracho, para ejercer sus derechos de marido, con ella gritando y pataleando, la escena siguiente que se ve es Escarlata en la cama, por la mañana, toda contenta y esponjada. Si tan siquiera sacasen la conversación de después de hacer el amor, me hubiera servido para saber qué decirle a mi amante.

La cosa es que él no decía nada y yo estaba cada vez más molesta. Le serví otra copa de vino. La vació de un trago, se bebió otra y, al fin, empezó a hablar como si le hubieran dado cuerda.

Qué cantidad de cosas me dijo. Que me quería con locura. Que no podía vivir sin mí. Que no volviese, nunca más, a ponerle celoso con mi marido. Que, a su mujer, ni mentarla, que valía mil veces más que yo y que la quería más que a mí. Que no la mirase con desprecio nunca más. Que la botella de *Chivas*, ojalá fuese tóxica y nos llevase al otro mundo a mi marido y a mí. Que yo era suya, me gustase o no. Que su mujer compraba vino *Don Simón* porque no era una malgastadora como yo. Que el tiempo que pasaba entre cita y cita no hacía más que pensar en mí. Que, cuando hacía el amor con su mujer, pensaba en mí.

Dios mío, cuántas cosas. Me había quedado tan parada que no sabía qué hacer ni qué decir. Él parecía haber bebido demasiado y se echó a llorar.

Eso sí que me asustó. Nunca le había visto llorar. Empecé a darle besitos pequeños, por todas partes; a decirle que le quería, le quería, le quería; a pedirle perdón; a acariciarle con la punta de los dedos. Hicimos el amor de nuevo, esta vez con mucha suavidad y muchos besos, diciéndonos palabras tiernas y haciéndonos muchos mimos. Acabamos felices y contentos y todo terminó así.

Algo, sin embargo, se rompió aquel día y nunca más volvió a ser igual.

Antes, por ejemplo, teníamos unas reglas de oro para nuestras citas: no se podía hablar de trabajo, ni de fútbol, ni de hijos, ni de maridos y mujeres. Podíamos hablar de música, de cine, de cosas bonitas y agradables. Estaba prohibido hablar de dine-

ro y de política, pero podíamos hablar de libros, de ropa, de viajes. Era como tener un mundo mágico, una burbuja de vidrio, o mejor, de cristal, donde sólo cabía el amor, la felicidad, la armonía. Era un mundo para dos, donde no queríamos dejar entrar a nadie, ni siquiera a través de nuestras conversaciones.

¿Cómo dice? No, ésta no la he leído. ¿*Bella del Señor*, dice? Procuraré leerla, si usted cree que me ayudará. Ya lo creo que sí, que los libros ayudan a vivir. ¿Qué sentido tendría leer, si no? ¿Sólo pasar el rato? No estoy de acuerdo.

Bueno, lo que iba diciendo es que, a partir del día del híper, nada fue como antes. La burbuja de cristal se resquebrajó y empezaron a filtrarse en ella elementos negativos. Los episodios de celos se repitieron; las comparaciones entre ella y yo se hicieron frecuentes. Como ya empezaba a estar harta, hacía lo mismo y lo comparaba con mi marido.

A veces él venía un poco bebido y luego bebía todavía más en el piso. Cuando bebía demasiado, se ponía violento y me hacía el amor como un salvaje, con mordiscos, arañazos, pellizcos y de todo. Yo me resistía y lloraba. No me gustaba nada. Después, cuando se calmaba, se volvía amoroso y suave, me daba besitos, me acariciaba, y volvíamos a hacerlo, esta vez sin brutalidad. Cada vez yo me creía que sería la última que me maltrataba, porque él se arrepentía siempre y me repetía que me quería.

Yo no tenía costumbre de que me maltratasen. Ya sé que a algunas mujeres parece que les gusta. Conozco alguna, entre las compañeras de trabajo, que asegura que, si su marido les da una bofetada de vez en cuando, es porque la quiere. Eso, a mí, me ha parecido siempre una barbaridad. Nadie me ha pegado nunca, ni en el colegio, ni en casa de mis padres, ni en la mía. Yo nunca pego a mis hijos, ni su padre tampoco.

Él, mi amante, no me pegaba, pero hacía el amor con tal violencia que me dejaba toda marcada. Mi marido, a la fuerza, tuvo que darse cuenta, pero yo le decía que me había dado un golpe con algo y él hacía como que me creía.

¿Que por qué no rompía con él? Señorita, está bien claro: le quería con locura, con frenesí. Cuando no era violento, era dulce y encantador. Yo le quería cada día más.

Ya llegamos al final. Ayer por la tarde, él vino con los cables cruzados. Traía la mirada oscura y parecía bebido. Yo, una se acostumbra a todo, más que sentir miedo, me sentí fastidiada. Empezaba a estar harta de la misma escena.

Él empezó a pedirme cuentas; quería saber dónde estaba el día antes, porque me había buscado sin encontrarme. Le contesté de malos modos y me pegó. No demasiado fuerte, pero me pegó. Yo, que nunca me había pegado nadie, me enfurecí y le dije que se fuera a pegar a su mujer, que yo me iba a casa y no volvería más.

Empezó a gritar, a llamarme de todo, a darme bofetadas. Me tiró en la cama y, como otras veces, me arrancó la ropa. Con el follón, la bandeja de las bebidas se cayó. Yo estaba fuera de mí, tenía miedo, estaba rabiosa.

Cuando me soltó un momento, para desabrocharse el cinturón, cogí la primera cosa que encontré, una copa rota, y le golpeé con ella. Yo quería hacerle una herida



pequeña, cualquier cosa para que me soltara, pero él se echó atrás y le hice un corte en el cuello. Como en las películas.

Fue horrible. La sangre saltó enseguida, como una fuente, y me salpicó. Yo, él, las sábanas, todo se llenó de sangre. No sé cómo, en medio del miedo, pude reaccionar. Cogí un almohadón y se lo puse en la herida para detener la sangre. Él estaba inmóvil, blanco, espantado. Me acordé de Paquirri, que se murió desangrado en un momento y me asusté. Salí al rellano de la escalera, pidiendo una ambulancia, un médico. Volví dentro y empecé a besarlo, diciéndole que le quería, mientras apretaba el cojín, todo rojo de sangre, contra el corte.

Lo recuerdo como si fuera una película y yo estuviera fuera y no dentro. Como si le hubiesen quitado el sonido, veo a los vecinos que llegan, la ambulancia, la policía, todo el jaleo: me lo quitan y se lo llevan. Yo estoy llena de sangre, quizá también estoy herida, se me llevan también a mí.

Y ya está. Yo no tengo ninguna herida, sólo cardenales, arañazos y mucha sangre suya. Él, me dicen, está muy grave. La vena carótida, creo.

Vale, qué más da, vena o arteria, yo no entiendo de eso. Lo único que me importa es que no se muera.

Usted, como es mi abogada, quiere que no se muera para que no me metan en la cárcel. Yo, claro está, tampoco quiero ir a la cárcel, pero iría con gusto si él no se muere. No quiero que se muera. Le quiero.

¿Ha visto usted a su mujer? Debe de estar deshecha, también ella. Pobrecilla, es muy joven y él la quiere.

Y mi marido, me da vergüenza preguntar por él. ¿Sabe usted cuándo me dejarán verle? Qué detalle, por su parte, mandarme un abogado, bueno, una abogada, usted. Yo no quería hacerle daño, se lo juro. Dígaselo.

¿Lo saben mis hijos? Yo se lo explicaré, cuando me dejen. No creo que me perdonen, los hijos no perdonan nunca, pero quizá lo entenderán. Cuando crezcan.

Señorita, haga el favor, hable con mi marido. Dígale que siempre le he querido, que esto no iba con él. Quiero que mi amante se salve, pero ya no podría volver con él.

Dígale a mi marido que me perdone. Que me espere. Que no sufra. Tenemos que hablar, y mucho.

¿Sabe una cosa, señorita? No puedo dejar de pensar en una cosa idiota: en las sábanas llenas de sangre. Si la sangre se deja secar, es muy difícil de quitar. No puedo borrarle el pensamiento idiota de que alguien tendría que ir al piso, a meter las sábanas en agua fría con un poco de *Nórit*.

## EL DRAGÓN JUNTO A LA LUZ

Princesas y dragones. Cuando llegué aquí, hace ya un montón de años, iba de sorpresa en sorpresa. Me encontraba en un mundo aparte: Por un lado, primitivo; por otro sorprendente; por otra parte, muchas veces mágico. No sé cómo explicarme.

Llegué en el barco de Barcelona, que había viajado durante toda la noche. Venía dolorida de no dormir, medio sentada en la butaca, medio mareada, medio sumergida en mis propios pensamientos, no demasiado alegres. Me dolían los huesos, el estómago y el alma.

Poco antes de llegar, salió el sol y yo subí a cubierta. El frescor del aire y la luminosidad del cielo me reanimaron una pizca. Llegábamos a la isla.

Yo venía enferma de cuerpo y espíritu. Mi madre había insistido tanto, con lloros y todo, que yo había accedido a cambiar de aires, a pasar dos o tres semanas con su hermana menor.

Mi tía vivía aquí desde hacía años. Estaba casada con un isleño al que había conocido en Zaragoza, donde él hacía el servicio militar. Cuando se casaron y se la trajo, mi abuela y mi madre lloraron como si la hubieran enterrado. Con el tiempo y las cartas que mi tía les escribía, se fueron consolando: ella era feliz. Su marido la quería mucho y vivían en una hermosa casa de campo, antigua. Después vinieron los hijos, dos chicos en cuatro años. La abuela, que tanto lloró cuando la boda, estaba ahora muy contenta y no dejaba nunca de venir, por septiembre, a pasarse un mes con la hija y los nietos.

Cuando me enviaron a mí, era ya octubre bien entrado. Mi abuela, que regresaba animosa y saludable, como siempre que volvía de estar con su hija, convenció a mi madre de que yo, lo que de verdad necesitaba, era paz y reposo, vida sencilla, buenos alimentos y un poco de ejercicio. «Ya verás cómo se le pasan las manías y las tristezas». Y así me metieron en el barco y llegué aquí, una mañana de mediados de octubre.

La luz del amanecer me sorprendió mucho. Era como si el mar se volviese luminoso o como si el cielo se convirtiese todo en luz. Fue una sensación vital y mágica, un buen augurio para mi alma cansada.

La tía y su marido me esperaban en el muelle. No les había visto desde que se casaron. Ella había engordado un poco y tenía la piel más tostada, un tanto rojiza. Quizá le daba demasiado el sol. Su sonrisa, sin embargo, era de mujer satisfecha y sus ojos más luminosos que de soltera. Debía de tener, en aquella época, alrededor de treinta años.

Su marido, «no me llames tío, que me hace viejo; llámame Xico», me era casi desconocido. De novios, yo apenas le había visto y además era una cría que no me fijaba mucho. Ahora que le veía bien, lo encontraba un poco menos alto de lo que recordaba, un poco menos viejo, un poco menos serio. Xico me gustó y me alegró ver que mi tía, que era también mi madrina, estaba tan feliz.

Así y todo, yo me sentía un poco a disgusto, aunque mi tía se desvivía por tenerme contenta. Me había instalado en la habitación de la abuela, cómoda y umbrosa, cuya ventana, estrecha, daba sobre la alberca, a la que sombreaba un gran laurel. Mis primos eran dos niños bien educados, espabilados e independientes, que se pasaban la mañana en la escuela y la tarde jugando fuera, con lo que apenas me molestaban



(ahora les quiero mucho, pero en aquella época, ni me gustaban los niños ni tenía humor para jugar con ellos).

Sin embargo, no me sentía cómoda. La casa estaba demasiado aislada para mi gusto y yo dependía, para ir a cualquier parte, de la amabilidad y del coche de mis tíos. Me hubiera gustado recorrer la isla sola, descubrir playas y pueblos sin más compañía que yo misma, y era imposible; ni siquiera podía bajar a Vila caminando o coger un autobús. Quizá mi tía me habría prestado su coche, pero nunca había tenido interés en sacarme el carnet de conducir y ahora sólo me quedaba lamentarme.

Xico, por las mañanas, se iba a trabajar y llevaba a los niños al colegio. Mi tía, a veces, me acompañaba a la playa o a pasear, pero la mayor parte del tiempo tenía ocupaciones caseras que se lo impedían. Y, como a mí no me apetecía gran cosa ir con ella a la compra, me acostumbré a dormir mucho por la mañana, a levantarme tarde, cuando ya no había nadie en casa, y a hacer mi vida, solitaria y más bien enfermiza. Lefá, caminaba, escribía y, a menudo, lloraba.

Por la tarde, cuando se iba al trabajo, Xico me bajaba a Vila. Solía pasear mucho; miraba el mar y jugaba a descubrir tiendas y calles. Después pasaba a recogerlo y volvíamos juntos a casa. Mi tía, la pobre, estaba preocupada porque me encontraba demasiado triste y ensimismada, pero mi madre y mi abuela le habían insistido en que me dejase a mi aire y ella lo hacía.

Yo, que estaba acostumbrada a otro clima, percibía el tiempo de octubre como si fuese un verano mitigado y sólo encontraba sorprendente que anocheciese tan temprano. Me gustaba mucho sentarme en el porche a aquella hora, mientras mi tía preparaba la cena y los chicos hacían los deberes del colegio.

Xico solía venir a sentarse a mi lado y me contaba historias, a veces interesantes. Pero la tarde que me dijo que tenían un dragón en casa, le miré de mala manera. Unicornios, dragones, princesas, ya había soñado bastante de pequeña. Ya no era tiempo de fantasías en mi vida.

Cuando Xico insistió, con toda seriedad, diciéndome que el dragón estaba en la luz, casi le contesté con malas palabras. Pero cuando me enseñó la salamanquesa, el *dragó*, acechando a los mosquitos desde su agujero junto al farol, con cara de vieja sabelotodo, me reí con todas mis ganas.

Si viviéramos en un lugar donde había dragones inofensivos y domésticos, podía haber de todo, princesas incluidas.

Mi tristeza no se fue en un día o dos, ni me sentí a gusto en la isla de buenas a primeras. La soledad, la melancolía, me acompañaron todavía un tiempo. Pero, poquito a poco, me rehíce. Xico, mi tía, hasta mis primos, me ayudaron mucho. Y también, la belleza de la isla en otoño. Y, sobre todo, la gente que conocí. Y, por si fuera poco, él.

Volví a la isla muchas otras veces, hasta que no me fui más de ella. Ahora vivo en una casa luminosa, como un castillo de cuento, donde un dragón vigila, junto a la luz, mi propia paz.

## PIENSA EN MÍ, MIENTRAS SE ACERCA EL SUEÑO

Venga, amor mío, siéntate a mi lado y escucha. Escúchame. Quiero que oigas lo que quiero decirte, sin decir nada tú, sin moverte, sin hacer ninguna otra cosa. No me mires así: veo en tus ojos como una luz de angustia, de rencor, de miedo.

Me hace sufrir esta angustia tuya. Me miras como si tuvieras que decirme alguna cosa y no pudieras. No hables ahora, espérate un poquito. No quiero oírte. Tienes que escuchar primero todo aquello que no quieres que diga, todo aquello que nunca has querido oír.

Tienes miedo, ya veo. No importa, no tiene la menor importancia. Todo el mundo tiene miedo de vez en cuando. Yo tengo miedo al amanecer, cuando me despiertan el sudor y el silencio; tengo miedo cuando el teléfono calla y, a veces, también, cuando suena; tengo miedo cuando me miro al espejo; tengo miedo cuando, de noche, veo las estrellas, demasiado lejanas y demasiado frías.

Sé mucho de miedos, yo. Y tú también, quizás, no te digo que no. Pero no es lo mismo: el miedo de mujer tiene escamas frías, resbaladizas, profundas. El miedo de mujer tiene raíces que ahondan dentro y lejos.

No digas nada aún. Me callaré enseguida y te dejaré hablar, todo el rato que quieras. Podrás, entonces, sacar tu voz a que se pasee, podrás oír su sonido una vez más. Te gusta oír tu propia voz. Las palabras se columpian en tus labios, acarician tus oídos, se deslizan por tus mejillas, se te rizan en los cabellos. Todo tú te vuelves voz y todas las palabras se vuelven tuyas.

¿Piensas que soy muy dura? Seguro que lo piensas. Los hombre tenéis una manga muy ancha, cuando se trata de vosotros. Sois benévolos con vuestras faltas y carencias. Tú no querías, ¿verdad? Ya lo sé, ya entiendo. Yo lo entiendo todo. Siempre has contado con mi eterna comprensión.

Siglos y siglos de comprender siempre, de comprenderlo todo. Tú llegabas con tu sonrisa nueva, como un clavel cuajado de rocío. ¿Dónde está ahora esa sonrisa, dime? No, no, mejor no digas nada. Espérate un poquito. Me da miedo que tus palabras vuelvan a marearme, a envolverme, a hacerme perder la cabeza. Y tengo todavía mucho que decirte.

Me miras con desconcierto. Te asustas. Tus ojos, hasta empedrados de espanto, me atraen sin remedio. Son dos espejos donde veo mi propio miedo, despierto, espantado. Mi miedo tiene miedo. Ya ves: yo también sé jugar con las palabras y con las ideas. Tus ojos son ahora ojos de silencio. Mis labios te hablan de amor y de dolor. ¿Sabes lo que es dolor? No sabéis nada de dolor, los hombres. Estáis hechos de azulejos, de vidrio, de cerámica. Sois duros, resbalosos, impermeables.

No me mires así. ¡No me mires así, te digo! Te lo ruego, mi amor, no me mires. Me duele tu mirada. Escucha nada más. Quizá fuese mejor que cerraras los ojos.

Sentada junto a ti, noto el calor de tu cuerpo, como una corriente eléctrica, como un escalofrío, estremecedor y agradable al mismo tiempo. Me hueles a tabaco y a vainilla. Gotitas de sudor hacen tu frente más humana. Me gustas.

No digas nada. Bien sabes que me gustas. Has jugado siempre con ventaja, sabiendo cuánto me gustabas. Yo sentía tu olor de tabaco y vainilla y olvidaba mentiras y desprecios. Escuchaba tu voz, miel y pimienta, y se derretían rencores y sospechas. Tu piel, que es seda, canela, terciopelo, me compensaba, ella sola, de desaires y lágrimas.

Y ya está bien. Se tiene que acabar hoy, ahora mismo. Tal vez te quiero. Tal vez tú me querías un poquito. No puedo más.

Me gustaría sentir una vez más tus manos, al mismo tiempo suaves y ásperas. No importa: están como grabadas en mi cuerpo. Soñaré con su tacto mientras me llega el sueño. Me cerraré las orejas, para no oír ruido ninguno, ningún sonido ajeno. Nada va a distraerme del recuerdo de tu voz, tu voz de miel y de pimienta. Me pondré estos tapones y cerraré la puerta. Me acostaré en tu cama, que huele a ti, y dormiré para siempre. Para siempre. Sola. Contigo.

Tú esperarás aquí, sentado en la butaca. Quizá mañana, o pasado mañana, venga alguien y te encuentre. Si tienes suerte, si te encuentran, podrás volver a hablar. Te quitarán la mordaza y también el esparadrapo que he tenido que ponerte en los ojos.

Cuando te desaten, puedes, si quieres, hablarle a otra mujer. Que no te querrá nunca como te quiero yo.

Si no te encuentran, amor... si no te encuentran, piensa en mí mientras se acerca el sueño.

## EL RIQUET PERDIDO

Pues resulta que yo quería escribir un cuento que tratase de un *riquet*. Tenía casi todo lo que me hacía falta: en primer lugar, la noche, la luna llena, el campo de Ibiza, los *riquets* haciendo *ric-ric*; tenía después una lechuza que ulula y una mujer que le tira una piedra, porque ya se sabe que, al menos por aquí, el grito de la lechuza trae mala suerte; tenía, finalmente, una animada charla entre el pájaro apedreado y el más cantarín de los *riquets*, a propósito de la previsible conducta de los humanos. Todo esto, naturalmente, en la hermosa lengua que se habla en Ibiza.

Y, mira por donde, resulta que no puedo; no tengo *riquet*. Lo dice el diccionario, mejor dicho, los muchos diccionarios catalanes que he mirado: no existen los *riquets*; si quiero hablar de grillos no tengo más remedio que llamarles *grills*.

Lo mires como lo mires, no es lo mismo. No me gusta escribir un cuento sobre *grills*. Los tales *grills* están muy bien para meterlos en una olla o una jaulita, como críos en la escuela. También sirven, como los *gajos* castellanos, para estar abrazaditos los unos con los otros dentro de la piel de una naranja o un limón. Si nos empeñamos, incluso puede estar muy bien, por anglicismo que sea, para hacer carne asada sin grasa, bien tostadita y bien crujiente. Pero no me gustan los *grills* para hacer con ellos un cuento.

¿De dónde me habré sacado yo eso del *riquet*? ¿Me lo habré inventado? A lo mejor me ha venido del francés. De hecho, la lengua catalana y la francesa son parientas, así que puedo haber cruzado los cables.

Una decepción más. Tampoco los franceses tienen *riquets*. Me dice su diccionario que un grillo es un *grillon*. ¿Y si un *riquet* fuese un bichito diferente? Me vuelvo al diccionario de francés donde descubro, con sorpresa, un *Riquet* con mayúscula, *Riquet à la Houpe*, o sea, *Riquete el del Copete*.

Ahora sí que la hemos hecho buena. ¿Dónde está mi *riquet* chiquitín, cantador, de cuerpo corto de color negro rojizo? ¿Dónde está el ruidito que producen sus élitros al frotarse?

La *Enciclopedia Catalana*, que me ha provisto de la definición anterior, me deja llamarlo *ric-ric*, pero tendréis que convenir en que no es lo mismo: me gustaba escribir un cuento sobre un *riquet* que hiciese *ric-ric*; no me apetece ni pizca, en cambio, escribir un cuento con un *ric-ric* que haga *ric-ric*.

Y ese *Riquet à la Houpe*, quién demonios será? Debe de ser, creo haberlo leído de pequeña, un personaje de cuento, pero de cuento ya hecho. Lo que yo quiero es escribir mi propio cuento, con mi *riquet* personal.

Volvamos a cantar el *ubi sunt*: ¿Dónde esta mi *riquet* chiquitín y cantor, con su pequeño cuerpo de color negro rojizo? Yo lo quería a la puerta de su agujero, charlando con la lechuza. Y no está en ninguna parte; sencillamente no existe.

Vuelve a casa mi marido y me encuentra toda mustia. Cuando le digo que se me ha perdido un *riquet*, de buenas a primeras no me entiende: se piensa que los niños y yo hemos cogido uno y lo hemos dejado escapar. Casi me está riñendo por molestar a los pobres bichos, cuando consigo hacerle entender: he perdido el *riquet* en el diccionario.

Por suerte, mi marido vale más que Tarzán o Indiana Jones y además sabe mucho de chicas tristes. Me asegura que sí que existen los *riquets*, que él los ha oído muchas veces en Puig d'en Valls y lo sabe. Y además no es él solo: sus hermanos, su abuela, sus vecinos, todos saben que los *riquets* dicen *ric-ric* a la puerta de sus agujeros en las noches de verano. Me lo jura.

Yo me quedo un poco más contenta y más consolada, pero, así y todo la verdad es que se me han quitado las ganas de escribir el cuento.

## PENDIENTES PARA MARÍA

De pequeña no le agujerearon las orejas. Su madre no había querido. No había sido porque tuviese miedo de que le hicieran daño: «A fin de cuentas, todo duele», decía. «las vacunas, las escoceduras del pañal, los gases en la tripa». No, nada de eso. Mamá no quería porque pensaba que los agujeros de las orejas eran cosa de salvajes. «¿Por qué tendría que hacerle agujeros en las orejas y no en la nariz, pongo por caso?», le decía mamá a la abuela, que, toda decepcionada miraba una y otra vez la

cajita que contenía las alhajas de la discordia. «Pero si tú siempre llevas pendientes», insistía la abuela, tratando, sin muchas esperanzas, de hacerle cambiar de idea. «Porque tú me los pusiste cuando nací, sin preguntarme si los quería o no», decía la hija, ahora también madre, cada vez más encastillada en su decisión.

La cosa es que María creció con todo el cuerpo intacto, sin más agujeros que aquellos de que todas las mujeres nacen provistas. La gente, cuando se asomaba a la cuna, como nunca la vestían de rosa, solía decir: «¡Qué niño tan guapo tenéis!», lo cual ponía a la abuela de mil colores: «Claro, como no lleva pendientes...» y dejaba bien tranquila a la madre, que pensaba para sus adentros: «De aquí a quince años ya no se equivocará nadie». Cuando María cumplió dos años, con las orejas sin perforar, la abuela regaló los menospreciados pendientes a una sobrina nieta, cuya madre tenía ideas más convencionales sobre el sexo y la vida y estuvo encantada de hacerle agujeros a su nieta.

El padre de María no quería entrar ni salir de la cuestión. Le daba igual que la nena llevase pendientes o no: lo que le preocupaba era que creciese sana, lista, contenta. Y por eso mismo se oponía terminantemente a que pusieran a la nieta estorbos y molestias, como anillitos, pulseras, agujas o cadenas. Los regalitos de las dos abuelas dormían en el cajón de la mesilla de noche, mientras que María, que tampoco llevaba puntillas ni encajes, parecía un chicote, eso sí, muy feliz y muy sano.

María fue creciendo, como todo el mundo, y se hizo una chiquilla espigada y esbelta, sonriente y traviesa. Sus padres estaban encantados con ella, y también las dos abuelas que, como ya no la confundían con un chico, se habían olvidado de la cuestión de los pendientes y otras vanidades. Por otro lado, María salió muy coqueta y muy femenina. Le gustaba mucho gustar a los demás.

Y un día, cuando María tenía siete años, la edad del uso de razón, vino lo inevitable: María dijo que quería ponerse pendientes. Sus amigas, todas llevaban. Su mamá llevaba. Ella también quería.

Lo que parecía que iba a ser una crisis de familia, se resolvió con rapidez y sin escándalos. La madre le dijo, muy seriamente, que lo pensase bien, que «un agujero siempre se está a tiempo de abrirlo, pero nunca se puede cerrar». El padre le dijo que ni caso, los agujeros se cerraban sólo con quitarse los pendientes y que, si no, tanto daba agujero más o menos.

María insistió: quería los pendientes. Su madre, entonces dio el consentimiento: si la nieta lo quería, suyas eran las orejas. Y además «los pendientes son unas joyas muy bonitas que favorecen mucho». El padre puso una condición: que los agujeros se hiciesen de una forma limpia, científica, sin peligro de infección. Nada de ir a la vecina, ni a los puestos de los artesanos, donde decían que perforaban las orejas sin sangre ni dolor.

María oía hablar de orejas perforadas, de dolor y de sangre, y empezaba a arrepentirse. No lo dijo, sin embargo. Mamá llamó enseguida a la abuela, que se alegró mucho y aconsejó ir al practicante. También la madrina fue informada y sugirió que

fuesen a la farmacia. María, que había pedido pendientes sin pensar que se saldría con la suya tan fácilmente, tenía cada vez más miedo. Solo tenía siete años, era demasiado pequeña; su mamá tendría que haber dicho que no, que esperase a ser mayor. Pero ya estaba llamando a la otra abuela, era demasiado tarde para echarse atrás.

Fue toda una liturgia de iniciación. Como en procesión solemne, la madre, la madrina, ambas abuelas, la condujeron a la farmacia. Allí, una sacerdotisa de bata blanca le preguntó en tono solemne si de verdad quería que se lo hiciesen: «Duele un poco, ¿sabes? y tienes que estarte muy quieta. Todavía estás a tiempo, si no quieres». María, con un nudo en la garganta, pero con firmeza, dijo que sí, quería. La mujer de blanco, entonces, sacó, también con solemnidad, una bandeja llena de pendientes de oro, esterilizados. «Dime cuáles quieres». La madre, las abuelas, la madrina, hicieron un círculo mágico en torno a ella. «Estos son muy monos». «Son más bonitos los de la perlita blanca». «¿No te gustan más los de coral?» La ceremonia de la elección, intervención de mujeres allegadas incluidas, duró pocos minutos. A una indicación de María, la sacerdotisa cogió los pendientes de perlita pequeña y condujo a la niña, seguida del coro de mujeres, al interior de la farmacia, lugar misterioso, desconocido, tabernáculo de ritos atrayentes y temibles.

María se sentó donde le dijo la oficiante. Temblaba. La madrina, las abuelas, se acomodaron a cierta distancia, para presenciar el ceremonial. La madre, conmovida por la mirada de miedo de la pequeña, le cogió de la mano, amadrinando así, con su presencia, lo que iba a suceder.

Todo fue muy rápido. María gritó un poco cuando le pusieron, como quien pone una grapa, el primer pendiente, pero las lágrimas no llegaron a salir de sus ojos, que brillaban de miedo y de alegría, al mirarse al espejo que le presentaron como si fuese una ofrenda. La segunda oreja fue condecorada enseguida. Ya estaba todo.

Sonrisas, besos, felicitaciones: María ya llevaba pendientes, ya era una mujercita. Todavía estaba un poco asustada, pero parecía contenta consigo misma. Se miraba al espejo y se encontraba guapa. No se fijó apenas en la discusión que, en el mostrador, mantenían las abuelas, la madrina, la madre, por costear el precio de la ceremonia. «Quita, hija, los pendientes siempre han sido un regalo de abuela». «Son cosa mía, ya que no me dejaste regalárselos de pequeña». «Yo soy su madrina y así quedáis en paz, ni la una ni la otra». Al final fue la madrina quien pagó, pero las abuelas se quedaron tramando que ya habría ocasión, más adelante, de regalarle pendientes de verdad, que no fueran de farmacia.

Y María, ¿qué? Nada. Pocos días después se olvidó de la historia de los pendientes. Siguió creciendo, esbelta, traviesa, sonriente. Fue una mujer como muchas otras, satisfecha de serlo. Con o sin pendientes. Después de todo, no tiene ninguna importancia. ¿A quién le preocupa que una niña tenga, o no, agujereadas las orejas?



## EL PERIQUITO DE LA LUNA

El periquito blanco entró en la familia un día que había luna llena. Está claro que, normalmente, es por la noche cuando hay luna, llena o vacía, pero Miguel se acordaba de que el periquito llegó un día de verano y de que, por la noche, cuando vio la luna llena, dijo: «el periquito ha venido de la luna; por eso es blanco, como ella». Todo el mundo se echó a reír, pero, después, cuando hablaban de los pájaros, todos decían: «los periquitos de casa» y «el periquito de la luna».

«Los periquitos de casa» eran dos, macho y hembra, o al menos eso creían al principio. Fueron un regalo de la tía Margalida, una parejita por sobrino. En casa no les gustaba tener animales, por pequeños que fuesen, pero un regalo de la tía Margalida era un regalo de la tía Margalida, así que mamá los cuidaba muy bien, aunque decía que, si eran de Miguel, era Miguel quien tenía que ocuparse de ellos.

Seguramente era mejor para los pajaritos que fuese mamá quien los cuidase: los de los primos, antes del primer año, se habían escapado o se habían muerto, mientras que los de Miguel continuaban felices en su jaula. Eso sí, papá, cuando le despertaban por la mañana los gritos de los periquitos, se levantaba diciendo barbaridades que acababan por «...sofrito de pericos». Mamá, cuando barría el suelo, lleno de plumas, excrementos y cascarillas, gruñía, diciendo cosas como «...abrirles la puerta y adiós». La verdad, sin embargo, es que nadie les hacía ningún daño, que mamá no se olvidaba de ponerles agua fresca y comida nueva todos los días y que Miguel los contemplaba mucho. Vivían en una jaula grande, en la que había una escalerita para subir y bajar, un espejito redondo con un cascabel, un hueso de sepia para afilarse el pico y otras comodidades que no es cosa de detallar. En verano, mamá le daba a Miguel un vaporizador con agua tibia, para ducharlos, y parecía que les gustase mucho.

Los periquitos no tenían nombre. Miguel les había bautizado sucesivamente como «Hansel y Gretel», «Nino y Nina», «Uf y Puf», pero, como no sabían muy bien cuál era el macho y cuál la hembra, al final los periquitos se acabaron llamando «el verde» y «el azul». Alguien les contó que se les distinguía por el color del pico, pero la cosa no estaba demasiado clara. Con el tiempo, acabaron con el pico del mismo color, entre azul y marrón. Mamá decía que eran dos machos y papá hacía bromas, diciendo que eran de sexo indefinido. Los periquitos no se daban por enterados: machos o hembras, se daban el pico y se hacían ternuras el día entero.

Miguel estaba encantado. Oyó decir que los periquitos hablaban y se lo creyó. Se pasó unos cuantos días intentando enseñarles, sin ningún éxito. Finalmente renunció, cuando papá le explicó que era mejor dejarles que hablasen como pájaros, sin intentar que lo hiciesen como personas. «Ya hay bastantes loros y pericos que hablan demasiado».

El tercer periquito, «el de la luna», lo cogió una tarde el vecino del primero. Según contaba, entró volando por la ventana, se posó en la mesa y se quedó muy quieto. Lo cogieron sin dificultad y lo metieron en una jaula vacía. Como tenían

canarios, y no periquitos, la niña de los vecinos subió a casa de Miguel para pedirle un poco de comida, ya que canarios y periquitos comen granos diferentes. Miguel se la dio y, además, bajó con la niña a ver el periquito. Era blanco, más bien grande, con el pico marrón. «Es una hembra», dijo el vecino.

Por la noche, Miguel sacó la cabeza por la ventana y vio la luna llena, blanca, grande. «Como el periquito que ha venido a casa de Natalia», dijo. Y aquella noche soñó con una luna de plumas, llena de periquitos.

Al día siguiente, el papá de Natalia subió a casa de Miguel con la jaula en la mano. Le explicó a mamá que el periquito estaba muy triste, que no quería comer; a lo mejor estaría más contento si le ponían con otros semejantes. Miguel, que estaba escuchando, dijo enseguida que sí, que sí, así que mamá también lo dijo. El vecino metió la mano en la jaula y agarró el pájaro, que se dejó hacer; entonces abrió la puerta de la otra jaula y lo soltó dentro.

Los tres periquitos empezaron a revolotear y a dejar caer plumas. «Me parece que se van a pelear», dijo mamá. «Sólo es hasta que se acostumbren», respondió el vecino. Y se marchó a su casa con la jaula vacía, dejando el periquito, en calidad de huésped, en casa de Miguel.

Al principio, los tres periquitos se miraban con recelo, pero, después, el blanco comenzó a comer y a ir de una punta a otra de la jaula. «Mira mamá, ya se han hecho amigos», decía Miguel muy satisfecho. Cuando llegó papá y vio el tercer pajarito, no le hizo mucha gracia. «Otro bicho para alborotar por las mañanas», gruñó; pero se quedó un buen rato mirando la jaula y, al fin, dijo: «Ya veremos lo que pasa. Si son dos machos y una hembra, aquí puede pasar de todo». Miguel le preguntó lo que quería decir, pero su padre no se lo explicó: «Ya lo descubrirás tú mismo, cuando seas mayor». «¿Por qué cuando sea mayor?», pensó el pobre crío, «si lo podré saber en un par de días, sólo con mirar la jaula...».

Miguel se quedó un poco decepcionado, porque no pasó nada. Nada de nada. «El periquito de la luna» parecía contento, comía, saltaba y piaba. Es verdad que los otros «los de casa», seguían dándose besitos el uno al otro, sin hacer extensivos sus amores al recién llegado. Pero es verdad, también, que no le hacían ningún daño y que, en la jaula, podría decirse que reinaba la paz y la armonía.

Miguel estaba muy contento de tener tres pájaros, si bien mamá todavía gruñía cuando barría plumas del suelo y papá no paraba de reír cuando Miguel le preguntaba: «Papá, ¿por qué me decías que, con una hembra y dos machos, podía pasar de todo?».

## LAS MÁQUINAS NUNCA SE EQUIVOCAN

Aquella mañana, cuando el despertador empezó a hablar, no le hice caso. «Eh», me decía, «levántate de una vez o vas a llegar tarde». Una cosa tan común y tan sabido no podía sorprenderme mucho. Ni siquiera le respondí. Fui, entre bostezos, al



cuarto de los chicos, encendí la luz y les grité: «Eh, vosotros, levantaos, que vais a llegar tarde».

El mayor se removió un poco, sin parar de dormir, mientras que el pequeño ni siquiera se inmutó: dormía como un tronco. Cuando abrí la ventana y volví a gritarles, esta vez más fuerte, Toni saltó de la cama y se encaminó, bostezando y sacudiéndose como un perro, hacia el cuarto de baño. El pequeño, nada; dormía. Le grité más fuerte, al tiempo que le quitaba de encima la ropa de la cama, cuando oí un sonido agudo: «Bip-Bip. Bip-bup». Era el vídeo-juego que su madre le había regalado por su cumpleaños, sabiendo, claro está, que a mí no me gustaba que jugase con él.

Jaume lo tenía agarrado bien fuerte; sin duda, había estado jugando por la noche, en lugar de dormir. Este vez le sacudí un poco y saltó de la cama, repentinamente despierto. «Buenos días», me dijo todo sonriente, «¿Ya es hora de ir al cole?» y desapareció en dirección a la cocina: Jaume es así, qué le vamos a hacer.

Me dejó solo en la habitación, mirando las camas vacías. Entonces, por segunda vez, el vídeo-juego me habló. «Bip-bip. Bip-bup», me decía. ¿Todavía le quedaban pilas, después de estar encendido toda la noche? Lo cogí, para apagarlo, y, mientras lo miraba, buscando el interruptor, el aparatito volvió a hablar: «Ahora no es tiempo de jugar, hombre, que todavía tienes que hacer el desayuno».

El vídeo-juego tenía razón; se hacía tarde y los niños y yo todavía teníamos que vestirnos, desayunar y salir corriendo, si queríamos llegar a tiempo, ellos al colegio y yo a la oficina. Desde que mi mujer se había ido a vivir con un artista austriaco, un escultor medio chalado, pero muy famoso, y había decidido que sería mejor que los chicos viviesen conmigo, porque así llevarían una vida más regular, convirtiéndome, de este modo, en padre y madre al mismo tiempo, mientras que ella se transformaba en una especie de parienta o de madrina que les traía regalos y se los llevaba a comer o a pasear, la vida era para mí como una carrera contra-reloj perpetua. Así que solté el vídeo-juego y corrí a la cocina, donde ya estaban Toni y Jaume, buscando en el armario y el frigorífico algo que comer.

Repetí los movimientos de cada día, las palabras de siempre, hasta que, tres cuartos de hora después, conseguí dejar al pequeño a la puerta del colegio y al mayor delante del instituto. En aquel momento, la radio del coche dejó escapar un suspiro, como de alivio, y me habló: «Ya era hora... De todos modos, no te entretengas, o llegarás tarde a la oficina. Mira que, a esta hora, no es demasiado fácil aparcarse».

Lo que la radio me decía era tan lógico, que no creí necesario responder. Encontré un hueco para dejar el coche, después de dar tres o cuatro vueltas por las calles de siempre y, cuando iba a cerrar la puerta, oí: «Adiós. Que tengas un buen día». Respondí con un gesto de cabeza y me fui hacia el trabajo.

Mi trabajo no es demasiado absorbente, pero no es, tampoco, demasiado creativo. Mi mesa con su correspondiente ordenador, está al lado de una ventana y, a veces, cuando me aburro, que es muy a menudo, me quedo mirando a la calle. La oficina está situada en el entresuelo del edificio y las vistas son muy entretenidas: se ve parte de la calzada y toda la acera del otro lado. Justo enfrente de la ventana, hay una cafe-

tería, con pequeñas vidrieras: se ve todo lo que hay dentro. Hay mesas y sillas pequeñas, como si fueran para los enanos de Blancanieves, y tres o cuatro máquinas de las de jugar. Tienen una de estas en las que la gente se deja el dinero, pero las otras son sólo de juegos. Hay una de *Tetris*, otra de matar marcianos y una tercera que es como las de antes, con bolas metálicas que se golpean con dos botoncitos a los lados. Lo sé porque, todos los días, a eso de las once, bajo a tomar un café y me gusta mirar a la gente que juega.

Aquel día, y eso que eran ya las diez y media, yo no había trabajado nada. Miraba por la ventana todo el tiempo, a la espera de que ella apareciese. Ya estaba tardando demasiado y yo empezaba a ponerme nervioso. El ordenador, entonces, me riñó: «¿Qué haces, que no das ni golpe? Si sigues así, el director acabará por decirte algo». Miré a derecha e izquierda, pero no parecía que nadie hubiera oído hablar a mi ordenador. Por supuesto, los ordenadores de mi oficina no hablan, por más que el mío me hubiese reñido, con toda la razón del mundo, por cierto.

Pero, justamente en aquel momento, Ruth entró en la cafetería y yo no quise pensar en nada más. Iba, como siempre, con sus amigas, dos; una, delgada y más bien alta; la otra pálida y tirando a rubia. Ruth... Ruth es, sencillamente, distinta a todas.

Empecé a prepararme para salir, cuando el ordenador me habló otra vez: «Y tú, ¿dónde vas? ¿Es que no ves que Ruth ni siquiera se entera de que existes?» Aquello empezaba a ser demasiado. Sin dignarme a contestar a la máquina lenguaraz, me levanté y me fui a tomar café.

El contestador automático del portal, cuando le pasé por delante, me dijo: «Hasta ahora». El semáforo, que estaba en rojo, viendo que yo iba a cruzar sin esperar la luz verde, me llamó la atención: «Haz el favor de esperar, como todo el mundo. Ruth no se va a ir». La gente que esperaba la luz verde, a mi lado, no dijo nada, ni una palabra; ni siquiera miró nadie al semáforo insolente. Yo, por si acaso, me esperé. Cuando apareció el verde, el semáforo, muy amablemente, me lo dijo: «Hala, chico, ya puedes pasar. ¿O es que querías que te atropellasen, para que Ruth se fijase en ti?» Le hubiese dicho algo de buena gana, pero estaba viendo la espalda de Ruth, a través de la vidriera, y no quería entretenerme.

Ruth debe tener quince o dieciséis años y todos los días viene, con sus amigas, a jugar a las máquinas de la cafetería. Las tres estudian en el instituto que hay allí cerca, el mismo al que va mi hijo, si bien mi hijo no se acerca por la cafetería, quizá porque suelo ir yo. Ruth y sus amigas, en cambio, vienen todos los días, un rato muy largo, mucho más largo que el tiempo de recreo que tienen en el instituto.

Desde el día que la descubrí, no he podido dejar de mirarla. Me siento siempre en el mismo rincón, tomo el café y hago como que leo el periódico. En realidad, miro jugar a Ruth.

Le gusta mucho jugar al *Tetris*. Hace muchos puntos, jugando, y después escribe su nombre en la máquina «Ruth», y los puntos que ha sacado. Así me enteré de cómo se llamaba; bueno, así y también escuchando cómo la llamaban sus amigas, que, como todas las chiquitas de quince o dieciséis años, rien y dan grititos todo el tiempo.

Aquel día, nada más entrar, la cafetera me saludó: «¿Qué tal, Rafael? Has visto qué guapa está hoy Ruth?» Una vez más, las máquinas tenían razón. Ruth estaban tan guapa que hacía daño a los ojos. El camarero, sin enterarse de nada, me puso el café y la media tostada de cada día y se fue, porque a aquella hora siempre hay mucha gente y no puede pararse a charlar.

La máquina del tabaco, en cambio, tenía ganas de cháchara: «Ruth se ha puesto hoy la ropa más ceñida que ha encontrado en el armario», me dijo. Y también era verdad. Ruth jugaba ahora con la máquina de bolas metálicas y, cuando apretaba los botones, temblaba toda ella; se apartaba de la cara los cabellos, largos y lisos, que, inmediatamente, volvían al mismo lugar de antes, como una cascada de satén.

La máquina de *Tetris*, que había quedado libre, me llamó: «Eh, tú, Rafael, ven un momento, hombre». Tanta familiaridad me sorprendió un poco, pero, como me pareció que yo era el único Rafael que había por allí y, además, nadie le hacía caso, me acerqué. allí en la pantalla del vídeo-juego, mi Ruth aparecía como segunda clasificada. «Qué te parece, cómo se lo hace esta chica», me dijo. Yo no sé jugar al *Tetris*, no lo he intentado nunca, pero supongo que debe de ser difícil. Iba a decirle algo, cuando la rubieja pálida me pidió fuego.

«No tengo, lo siento mucho», tuve que decirle, lamentándose de veras de haber escuchado a mi mujer y haber dejado el tabaco. «Mira que eres burro», me dijo la máquina de matar marcianos, que estaba allí al lado; «tendrías que llevar siempre encima un encendedor». «Es que las chiquitas no tendrían que fumar», le contesté.

Ruth volvió la cabeza y me miró; Dios mío, me miró, a mí, por primera vez en tanto tiempo. Se sacudió la melena, al tiempo que reía y le decía a la rubita: «Ya lo ves, Susana, este señor piensa lo mismo que yo». Me reconcilié mentalmente con mi mujer: de algo me había valido dejar de fumar.

Ruth no habló más conmigo, pero la máquina del tabaco sí que lo hizo: «Rafael, majo, baja de las nubes; ¿no crees que ya es hora de volver a trabajo?» Otra vez tenían razón las máquinas. Salí de la cafetería, lanzando a Ruth una última mirada silenciosa.

El semáforo me dio la enhorabuena y se puso verde enseguida. El contestador automático del portal me dijo: «Qué buena cara traes, cómo se nota que te ha ido bien». Hasta el antipático de mi ordenador me felicitó: Ruth me había mirado y casi había hablado conmigo. «Pero no te alegres demasiado», me dijo, «piensa que te ha llamado 'señor'».

Las máquinas son unas cotillas; se lo cuentan todo, las unas a las otras: me felicitaron también la radio del coche y el ascensor de casa.

Cuando abrí la puerta, ya estaban allí mis hijos: ellos salen del colegio antes que yo del trabajo. Toni calentaba la comida, que la mujer que nos cocina había dejado hecha, mientras que Jaume ponía la mesa.

Yo iba hacia el cuarto de baño, a lavarme las manos, cuando, de la habitación de los chicos, que tenía la puerta abierta, salió un sonido que me era conocido: «Bip-bip. Bip-bup». Entré y vi, sobre la mesita de noche de Jaume, el vídeo-juego encendido.

«¿Todavía te duran las pilas a ti?», le pregunté. La maquina no quiso contestarme. «¿Ahora te has vuelto muda? ¿No vas a darme la enhorabuena, como las otras? Hoy Ruth me ha mirado y me ha hablado. Quizá deberías enseñarme a jugar al *Tetris*».

Por desgracia, Jaume entró en la habitación y me oyó hablar con el vídeo-juego. Me miró, muy extrañado, y corrió a contárselo a su hermano: «¡Toni, Toni, papá está hablando con el 'Game-Boy'! Luego me dice a mí que no juegue con él, que me voy a volver tonto».

Le eché una mirada furiosa al vídeo-juego, Busqué el interruptor, para apagarlo, pero mientras lo encontraba, todavía tuvo tiempo de decirme: «Bip-bip. Bip-bup; ¿tan mayor que eres y todavía no sabes jugar al *Tetris*?».